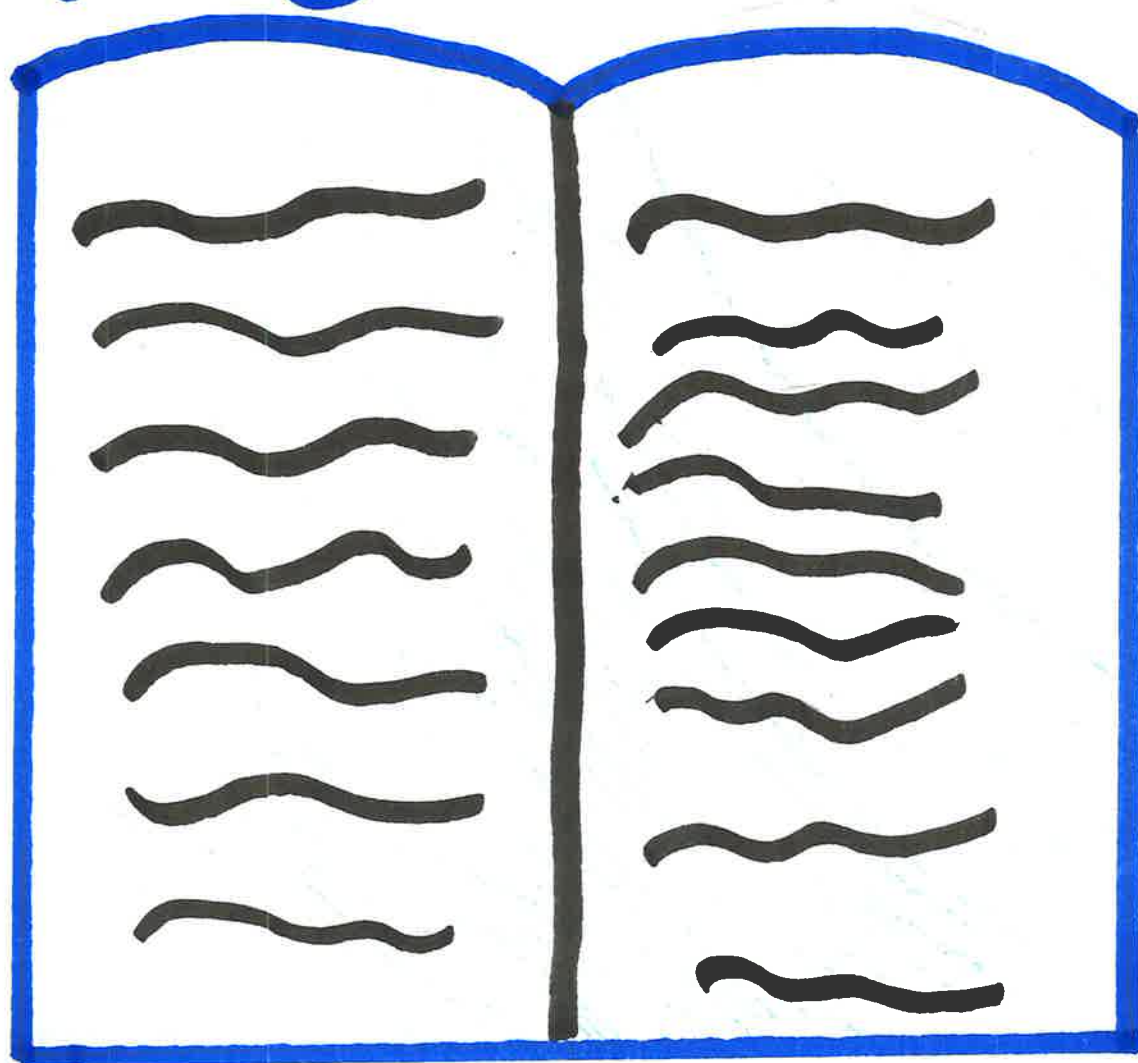


EL

CUADERNO

AZUL



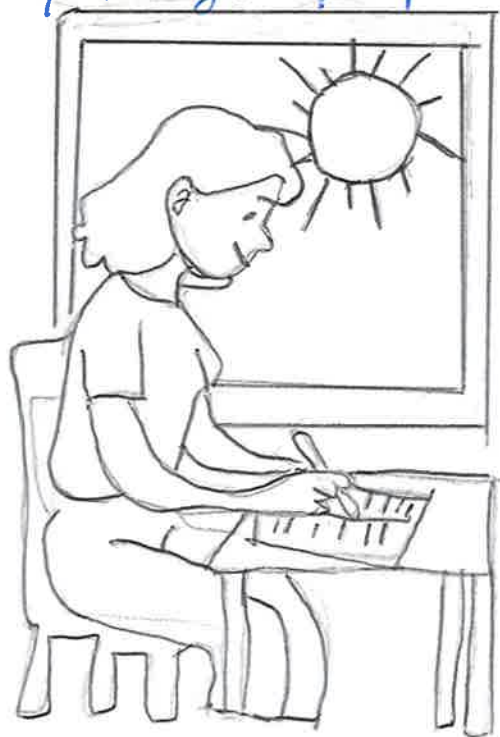
Larinka Mariya Gherghisan 6^oA

Cada mañana, cuando el sol apenas se veía por la cortina, Clara se sienta frente a la mesa de la cocina con una taza de té tibio y un cuaderno de tapa azul.

Su hija, Laura, la observa desde el marco de la puerta. Sabe que no debe interrumpirla: es el único momento del día en que su madre parece en paz.

En la primera página del cuaderno, con letra redonda y firme, se lee:

"Este es mi cuaderno de los días felices. Si algún día olvido quién soy, aquí podré recordarlo."



Clara pasa las hojas con cuidado. Algunas están manchadas de café; otras arrugadas por lágrimas secas. En cada página hay un recuerdo:

- "Hoy hice pan con Laura. Nos reímos porque la levadura se desbordó."
- "Fuimos al parque. Los niños jugaban con hojas secas."
- "Soñé que alguien me decía que no tuviera miedo."



Laura escribió la mayoría de esas frases. Al principio, su madre lo hacía sola, pero desde que el Alzheimer empezó a borrar pedacitos de su memoria, decidieron hacerlo juntas.

Era su pequeño ritual.

A veces, Clara se detiene en una página y sonríe.

- Qué mujer tan buena parece esta - dice.

- Eres tú, mamá - responde Laura.

Clara frunce el ceño, duda un instante, y luego sonríe otra vez.

- Ah ... entonces he tenido una vida bonita.

Ese frase siempre le rompe algo a Laura, pero no lo demuestra. Solo asiente y la acaricia el hombre.

Con los meses, Clara dejó de reconocer la casa. A veces llamaba "señora" a su hija. Buscaba una foto antigua creyendo que era una ventana. Pero el cuaderno azul siempre estaba ahí, sobre la mesa.

Cada mañana, lo abría como si fuera la primera vez.

Y cada mañana, sonreía.

Una tarde, Laura la encontró mirando el cuaderno cerrado.

- ¿No quieres leer hoy, mamá?

Clara levantó la vista, con una dulzura tranquila.

- No hace falta, hija. Ya sé que fui feliz.



Laura se quedó quieta, con el corazón apretado.

Clara tomó su mano y, con voz suave, añadió:

- Tú me lo recuerdas todo los días.

El cuaderno azul sigue en la mesa, junto a una taza de té que ya se enfría. Y aunque Clara a veces olvida su nombre, nunca olvida sonreír cuando lo ve. Porque en algún rincón de su mente - donde el Alzheimer no alcanza -, aún vive el eco de una vida bien amada.